

De memorias enanas y crónicas

Elkin Obregón

Los libros de memorias suelen empezar en la más remota infancia. Leonardo da Vinci, pionero en todo, llevó el asunto al extremo y narró un recuerdo de cuna. Pero Leonardo era un genio, y además el doctor Freud se encargó de refutarle sin piedad esa pretensión. No obstante, y sin llegar a tales audacias, ese tipo de recuerdos primerizos abunda. En mi caso resultan imposibles; o, mejor, se concentran en la única imagen de un niño de tres años que toma el sol en el corredor de una finca. Aunque una foto lo registra, y lo convierte en memoria, creo que el recuerdo es real. Pero es solamente eso, una imagen, un brevísimo *flash* cercado de tinieblas. Ya un poco más claros, aunque dispersos, mis recuerdos afloran en el tiempo en que entré al colegio. No sólo surgen allí, por supuesto, pero no es imposible que ese nuevo dibujo de la vida haga las veces de un detonador. Así, al menos, sucedió conmigo. No habrá en estas paginitas, espero, excesivos reclamos de añoranza. No es ese, en todo caso, su propósito. ¿Tienen alguno? No sé, tal vez la brevedad. ¿Qué puede legitimarlas? Tal vez, y sólo eso, la ingenuidad.

Hay frases que el uso no desgasta. Se ha dicho miles de veces que el colegio es el espejo de la vida. Un mundo pequeño, con todas las figuras del tinglado. Tardamos en comprenderlo cabalmente, pero lo intuimos desde niños. En el colegio conocemos por primera vez al mezquino, al hipócrita, al noble, al astuto. También al gracioso, al tonto, al que por alguna razón o sin ella nos inspira afecto o rechazo: son nuestros discípulos, y también, quizá en menor escala, nuestros profesores. Todo está allí, hemos entrado sin remedio a la vida. Los años no

harán otra cosa distinta a desplegar, con luces y sombras, ese abanico.

La bandera

El colegio donde hice el kínder no era mixto. Sólo era para niños, sin niñas. Recuerdo (y supongo que todos al evocar ese momento) la sensación de orfandad y de destierro que me produjeron las primeras llegadas a ese lugar inhóspito, situado a dos cuadras de mi casa. La niñera se iba, me dejaba allí, íngrimo, enfrentado al mundo. Volvía a las tres horas, con la mediamañana. De nuevo un asomo de hogar, muy pronto perdido. Muchos llorábamos. Poco a poco, nos fuimos habituando. O tal vez no. Las colegialas se entreveían, distantes y mayores, ajenas a nosotros. Algunas se acercaban a un chico, le hacían un mimo. Pero casi no existían. Eran otros seres, habitaban un ámbito al que no debía ni me importaba asomarme.

Para el fin de curso la profesora, una monja, organizó entre los alumnos una obra de teatro. Felizmente, no fui elegido. No puedo recordar la historia, pero sí que el personaje protagonista, encarnado por Echavarría, era un sujeto cínico y amargado, descreído de todo, que gracias a felices circunstancias lograba al fin hallar la buena senda. En el primer acto declaraba, con elocuencia, que la bandera patria era un trapo de tres colores. Muchos años después aseguraron lo mismo los nadaístas, en alguno de sus manifiestos. Esa frase, que quería epatar, no me tomó de sorpresa. Por lo demás, sabía desde los cinco años que siempre, como Echavarría, se vuelve al redil.

Ars Longa

Llego o vuelvo al Ateneo Antioqueño, donde cursé la primaria. No sé por qué, quiero contar primero un episodio fugaz, que por alguna razón no me abandona. Un día cualquiera (yo debía estar en segundo o tercer grado) el rector nos convocó a todos al patio de atrás. Anunció que no se daría esa mañana la última clase, y en su lugar asistiríamos allí mismo a la presentación de unos artistas itinerantes, creo que argentinos. Eran dos pintores acuarelistas, que desplegaron sus caballetes y trebejos al fondo del patio. Se nos situó a prudente distancia, y ante nuestros asombrados ojos fueron surgiendo, como por arte de magia, los rápidos y sucesivos motivos (paisajes, calles, animales) que los dos oficiantes recreaban con rara habilidad en sus papelotes. Sólo al concluir la sesión pudimos acercarnos, y entonces descubrí decepcionado que, vistas de cerca, aquellas imágenes se diluían en trazos gruesos y burdos, poco menos que abstractos, que solamente la lejanía lograba convertir en cosas reconocibles. Eran sólo una ilusión, una falacia. Muchos años tardé en cambiar por admiración el rechazo de ese día.

Semifinal

Es la nariz el mejor baúl de recuerdos. Más que la música, los libros, las tertulias, el olfato nos obliga a viajar, sin pedir permiso, en la máquina del tiempo. Una máquina instantánea. El olor de una fogata o de unos papeles amarillentos es más fuerte que nuestros anhelos. Queríamos evocar algo, tal vez, y el aroma oportuno nos empuja a otro sitio. Puede ser un lugar, un momento, una canción perdida que llega a nosotros esquivando el oído o el deseo. Algunos de esos olores nos toman de sorpresa, de otros conocemos ya el efecto. Si pudiéramos clasificarlos en cajitas, como un mágico rapé, podríamos manejar a gusto nuestros itinerarios de viaje. O casi. Por mi parte, quiero citar,



Elizabeth Builes. Ilustración *La quitapenas* de Juliana Muñoz Toro. Editorial Vicens Vicens.

entre varios, uno. El olor a Cresopinol, que me sitúa de inmediato, y a un mismo tiempo, en dos teatros: el Junín y el Cine al Día. Ya sin pedir licencia a mi nariz, elijo ahora este último, elijo la película: *El portero*, con Cantinflas. Veo la gran casona de inquilinato, animada y solidaria. Veo a Cantinflas, amando en vano a una muchacha que escoge al fin a otro, sin saber que hiera. Pobre Cantinflas, entrega su nobleza y su esperanza a un cariño ilusorio. Salgo del cine, tal vez con amigos, tal vez con mis padres. Así, pues, la vida puede ser injusta, no siempre premia al bueno. Soy ya tan grande que no quiero compartir con nadie mi primera desilusión.

Algunas cosas contaminan ya el sueño. Oscuramente, un niño lo comprende. Pero hay tiempo todavía. La noche es la noche, la que-

brada suena como una quebrada. Dumbo, el perro, duerme. La gran aventura es aún esperar sin insomnio el próximo día.

Me detengo ante una puerta, que me invita a salir de la infancia. Más que una puerta, es un largo túnel invisible. ¿Cuándo lo crucé? Lo ignoro. Nadie debe saber, sospecho, en qué momento venció definitivamente ese umbral. Me detengo, pues, miro hacia atrás, me despidió. Veo la vitrina, los cromos de colores, algún momento de triunfo, alguno de desdicha, sombras. Oigo el llanto de un cachorro, la canción que, salida del radio, me arrojó una noche. Busco una frase feliz para terminar, no la encuentro. Copio una: “Desperté. ¿Quién enturbia los mágicos cristales de mi sueño?”.

Ya la frase está escrita, pero no creo merecerla. Trato de hablar con ese niño, y no lo logro. Pronto, y el día esté lejano, sabré quién fui.

vaso de whisky en la mano). Todas, fracasos, pifias irremediables.

Como en todo hay excepciones, quiero mencionar una película francesa de los años sesenta, *Montparnasse 19*, dirigida por Jaques Becker y actuada por Gerard Philippe, que narra con delicadeza y respeto unos cuantos días –los últimos, si mal no recuerdo– en la vida de Amadeo Modigliani. Es un feliz ejemplo del género, por desgracia casi solitario.

No alude Marías, sin embargo, a una de las cintas más estólicas y pretensiosas de esta larga serie, el *Chaplin* de Richard Attenborough. Vemos allí a un sujeto siempre sombrío y amargado, incapaz de sonreír, alguien al parecer habitado por un invencible agobio. Por lo demás, un personaje falso, sin vida real, un fante en quien nos es casi imposible reconocer a un hombre que imaginamos tan complejo, contradictorio y rico de matices. Aconsejo remitirse, con respecto a Chaplin, a lo que dijo sobre él la gran Louise Brooks: “[...] Estábamos hipnotizados por la belleza y la inagotable originalidad de esta criatura rutilante. Él es el único genio que yo haya conocido que se prodigaba por igual en la vida y en el arte”. Como ella misma, si a eso vamos.

Un género con mala suerte

En una crónica de hace algunos años, “No todos los artistas son mamarrachos”, Javier Marías despotrica contra las películas que narran vidas de artistas famosos –pintores, escritores, músicos, actores, bailarines–, a las que bien podrían agregarse las que intentan retratar políticos, militares, científicos, etc. Comenta, y concuerdo con él, que la inmensa mayoría solo consigue llevar a la pantalla mascarones vacíos, unas veces histéricos o pintorescos, otras de una obviedad ingenua y pretendidamente “reveladora”.

Marías menciona varios bodrios, como el Picasso que encarnó Anthony Hopkins, las varias versiones que pretenden revivir, con presumible torpeza, la imagen de García Lorca, otras más que se han ensañado con Chopin (siempre tosiendo), las dedicadas a Beethoven, a Miguel Ángel (representado por Ben Hur, dice Marías), a Scott Fitzgerald (siempre con el

Elkin Obregón Sanín (Medellín, 1940-2021). Caricaturista, artista, ensayista, cronista, poeta, traductor, melómano e inolvidable conversador. Algunas de sus publicaciones son: *Titiribicito*, *Avión llegando en la tarde*, *Cine*, *Grafismos*, *Más grafismos*, *Los amigos*, *Milagro en Milán*, *Sobre las cartas de amor*, *Soneto*, *Versos del amor y de los otros*, *Papeles seniles*, *Crónicas*, *Vejez del cancionero colombiano* y *Memorias enanas*. Los primeros textos aquí publicados los incluyó el autor en su libro *Memorias enanas* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000) y el último es uno de los textos incluidos en *Crónicas* (Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2013).